

Fernando Abascal

EL ERIZO QUE CRUZA LA A-67

El erizo que cruza la A-67 sabe que la belleza habita agazapada en un punto oscuro del arco que une las palabras, que la sal de las piedras está siempre al otro lado y la vista es aún más hermosa al borde de las cosas, allí donde se separan los colores del mundo.

El erizo vuelve la cabeza y mira a los que se quedan, se fija en la luz de los aviones, en su no peso, en el temblor del glaciar por el que avanza. Más allá del frío, piensa en la hierba que lo acoja, en la flor imposible de las orillas, un agujero en el que encajar y desde el que observar el vuelo de los pájaros —qué música tan extraña la de sus alas—.

Basta con cerrar los ojos, ignorar el argumento, borrar lo que roza, lo que nombra, los olores del alma; basta con dejarse ir hacia un lugar sin centro, allí donde las raíces hablen su lengua ciega y todo fluya como un hilo de agua por los tallos, las cortezas, por la piel del que huye.

Muy lejos habrá campos fértiles donde descalzar el corazón y ovillarse en un sueño y hacerse animal secreto y volverse manzana o labio y a solas desvestirse y no saber dónde la maleza, dónde la tierra que entierra, y dejarse llevar con un callado gozo y no verse para no manchar.

El erizo sabe lo inútil de la trayectoria, presente la nieve afilada que le aguarda. Después bajarán los milanos y se llevarán lo que quede. No habrá más memoria que la sombra de las culebras. La luz se volverá devastada fijeza y en las playas oscuras, contra las piedras, se romperán todos los huesos del mar.

*La nieve es un ángel caído,
un ángel que ha perdido la paciencia.*
(Roberto Juarroz)

Si te asomas a un pozo, muy abajo hay una luz que alumbra como la nieve,
son tus ojos en el agua, un diálogo de espejos.
No dejes que ese brillo inunde tu mirar, no escuches la música anegada del fondo
y, cuando desde ese frío alguien te nombre, vuélvete ángel o llama,
arde como una flor última, abre tus enramadas alas
y vuela como un pájaro ciego entre las ruinas del aire.
En esa altura encendida, repara tu conciencia, mutila lo que pesa, lo que sabes.
Se abrirán entonces las piedras frías, las ráfagas de niebla, las ciudades de hielo
y todo tendrá la edad de un instante: las palabras volverán a su silencio primero,
a su hueso inicial. Y en esa muda transparencia, en su quietud más sola,
podrás tocar la piel del alma.

Te ves en ella, sentada junto a ti, con las manos en las cosas.
Dice palabras que no alcanzas, palabras que caen como las tejas,
como los insectos en verano.

Te asomas a la ventana: abajo, los niños juegan en un patio,
en el suelo dibujan las escamas de un pez, su gran ojo oscuro.

Pero ella se aleja sin dejar de estar sentada junto a ti,
con las manos en las cosas.
Cuenta vidas de otros, ventas, mudanzas, historias desarmadas.

Tú escuchas mientras ves la muerte en el orden de los vasos,
en la loza no usada, en los platos dibujados con limones, tan callando.

Dices: pon la radio, así te distraes.
Dice: no echan nada en la televisión, ¿hace frío fuera?,
¿cuándo cambian la hora?

Vuela una gaviota sobre los tejados cercanos, suena la bocina de un taxi.
Comienza a llover, el ojo oscuro del pez desaparece,
los niños corren, se deshace la luz de las tizas abandonadas.
Lo que une y lo que aleja.

Tú dices: estás mejor, no cargues con peso, tápate con la manta,
acuérdate de tomar las pastillas.
Piensas: no sabes decir nada en su lengua, hablas desde fuera, no “entras”,
¿qué palabras, madre, olvidé?

Mi voz apenas hiende, en sólo voz queda.

Ella se ovilla en un recuerdo: busca nombres,
algo que se mueva en el pasado.
Dice: pasaban aviones y llamaron a la puerta, dadnos algo,
viva la república.
Llevaban migas en los bolsillos y eran muy jóvenes.
Les dimos borona y manzanas. Olían a cuerpo.
Los soldados masticaban higos, a nada miraban.
Yo sólo era una niña que abría las puertas.

Dice: pareces más delgado, ¿cómo están los niños?
Se quita las gafas y sus ojos se vuelven más pequeños,
¿qué fragmento del mundo ven?, ¿en qué luz lejana se posan?,

Dice: quédate a cenar conmigo.
Se afana en doblar la manta que la cubre, alisa el mundo.
Pasa un paño al marco de las fotografías, pule la permanencia.
Yo observo el orden de la cocina, la fría blancura de los azulejos,
a ella sentada junto a mí, con las manos en las cosas.

Ya no hay palabras, madre, los nombres se han perdido.
Avanzo a solas por un camino de piedras, arrimado a extraños muros.
¿Me escuchas, madre?
Ya no hay palabras, no suenan, todo se lo ha llevado ese viejo río.
Ella dice: pon el mantel, ya se ha hecho de noche en la nada.